

Relato inédito de **Juan Bas**
para la *web* de ***La Merced Arte y Restauración***

(www.lamerced-arteyrestauracion.es)

LA BOTELLA DE VINO

El desván estaba muy desordenado, más de lo que recordaba. Hacía años que no había subido a la polvorienta estancia porque nada de lo almacenado allí le había hecho falta o tal vez porque con el tiempo se olvida la existencia de muchos objetos que no se ven cotidianamente. Algo parecido a lo que sucede a lo largo de la vida con el desamor, los anhelos no cumplidos y las viejas afrentas.

Pero lo que ahora buscaba sí permanecía en su memoria. La encontró enseguida; el cuello con la oscura caperuza de plomo asomaba solitario del pequeño anaquel de botellas. La extrajo con cuidado, le quitó la densa capa de polvo y la miró a la lechosa luz del fluorescente.

La botella de vino tinto tenía muchos años, como él, demasiados incluso para un gran reserva. A pesar de las condiciones de silencio, oscuridad y frescura del desván, lo más probable es que aquel excelente vino estuviese muerto. Pero el anciano no sabía lo suficiente de esas cosas y no se lo planteó. De hecho, su conocimiento del mundo se limitaba bastante al de su oficio y las cuestiones anejas al mismo.

Leyó la etiqueta con dificultad; seguía con la cabezonada de ponerse las gafas lo menos posible, en una pueril negación de las limitaciones de la edad. Recordó que esa botella formaba parte de una caja que le regaló un cliente, a modo de propina, después de la resolución satisfactoria de un encargo especialmente delicado y difícil.

Bebió las otras once botellas y guardó ésta para que sirviera, llegado el día, al cumplimiento de una tradición, un rito familiar que contaba ya dos siglos.

Y hoy había llegado ese día, quizá demasiado rápido, quizá demasiado pronto. Pero así es la vida y no hay vuelta de hoja. Está bien, en definitiva, pensó el anciano con una mezcla de melancolía y orgullo.

Bajó del desván y fue al cuarto de trabajo. Sobre la mesa en la que se había dejado la vida, las pestañas y la sensibilidad de los dedos, ahora castigados por la crueldad de la artrosis, dejó la botella al lado de dos copas y un sacacorchos. Flanqueaban el pequeño bodegón dos estuches, uno viejo y el otro nuevo.

El estuche viejo tenía la forma de un cuerpo femenino y era de madera, de un ébano de cincuenta años de edad que conservaba íntegra su brillante oscuridad, como el vino dentro de la botella. El nuevo era rectangular y de fino y oloroso cuero granate.

El anciano se sentó en un taburete, posó una mano en cada uno de los estuches y apenas notó la diferencia de tan distintas texturas.

La expresión de tristeza se le tornó en sonrisa al oír la cerradura de la puerta.

Su hijo se sentó enfrente, en el otro taburete, como cada día de labor desde que era un chaval, como hizo él mismo en compañía de su padre hasta que aprendió de sus manos el delicado oficio de *luthier*.

Hablaron poco y de asuntos triviales; lo que allí les reunía no precisaba apenas de palabras.

El padre descorchó el vino y lo sirvió en ambas copas sin probarlo previamente, sin dejar que respirara ni siquiera unos minutos después de liberarlo de tan largo encierro en la botella. Bebió con ganas y delectación y aseguró que estaba buenísimo, tanto como cuando se lo regalaron, no había perdido nada con el tiempo, ni un ápice; asombroso. Invitó a su hijo a que le secundara y le diera la razón.

El hijo bebió y corroboró la valoración del anciano, aunque el paladar le decía otras cosas. En realidad, el vino había perdido buena parte de su *bouquet* y cuerpo, pero no estaba muerto. Conservaba la dignidad, lo suficiente de su

anterior calidad para proporcionar todavía un cierto placer. Quien tuvo, retuvo, como su padre. Darle la razón no era caer en una mentira piadosa.

Brindaron y bebieron con parsimonia el añejo vino.

Al escanciar el fondo de la botella, con posos que no vio caer en las copas, el padre abrió el estuche de cuero y le entregó a su hijo un hermoso violín nuevo, el último que había fabricado con el amor de sus manos, el último que iba a fabricar el viejo *luthier*.

Un violín que nunca sería vendido.

El hijo se secó una lágrima y tomó el violín para comprobar lo que ya sabía, que estaba afinado a la perfección.

El padre abrió después el viejo estuche de madera de ébano y extrajo de su interior forrado de terciopelo rojo oscuro, del mismo color del vino en las copas, el violín que un día, hace cincuenta años, le regaló a él su padre. El día que bebieron juntos la botella guardada para la ceremonia y le transmitió el testigo del oficio artesanal de la familia y del amor y el respeto por él. Como hizo con él su padre y con éste el padre de su padre.

A continuación, padre e hijo colocaron los instrumentos bajo las barbillas, de perilla blanca una y negra la otra, blandieron con delicadeza los arcos y tocaron juntos un concierto de Bach, el mismo concierto en re menor para dos violines que sus antepasados interpretaron de generación en generación.

El viejo artesano no desafinó.

En ese armónico instante, padre e hijo sintieron con profundidad y sintieron ambos que sentían lo mismo: uno de esos fugaces y escasos momentos de la vida en que se es consciente de sentir un soplo de intensa felicidad.

Juan Bas